

Las otras voces de una sociedad fracturada

PÁGINAS 32 Y 33



De izquierda a derecha, Juan Carlos de Miguel, Elena Ibor, Germán Fernández-Moreno y José Fontelo. / LUIS SEVILLANO

Entre la duda sobre dejar Cataluña o quedarse, en un ambiente enrarecido, los no independentistas empiezan a hacer públicas sus opiniones, hasta ahora calladas

Las otras voces de una sociedad fracturada

MARTA FERNÁNDEZ / ALEJANDRO ROMERO / FRANCESCO RODELLA
 Barcelona / Madrid

A la cita para hablar de lo que está pasando en Cataluña falta una persona. Es un alto funcionario del Estado que ha pasado la noche en vela pensando en si debía dar la cara. En la batalla del insomnio, ha vencido el miedo. "Tengo cuatro hijos y temo represalias en el trabajo. Mi mujer me ha dicho: 'Pero ¿cómo vas a ir?', se disculpa por teléfono.

Los cuatro que sí han accedido a hablar empiezan a charlar nada más encontrarse. Ninguno es nacionalista. No se conocen de nada. No opinan igual de todo, pero al menos, en esta azotea sobre la Sagrada Familia, pueden exponer su visión sin que se les acuse de nada.

Elena Ibor trabaja en la Agencia Tributaria. "He llamado a varias personas para que estuvieran aquí. Y no querían venir. Y las entiendo perfectamente", dice. "Gente que trabaja en la Generalitat, gente que tiene negocios de cara al público, profesionales, médicos... que son catalanes y hablan catalán. Y se tienen que callar porque no se puede dar la cara. La gente está deprimida".

Es el caso de Candela, que no se llama Candela. Y que aunque quiere contar lo que está viviendo no se atreve a pasar de la llamada telefónica. Economista de 46 años, lleva diez en Cataluña. Su marido y ella decidieron instalarse aquí después de una temporada en Escocia. Nunca imaginaron que una década después en el vecindario les llamarían fachas. Candela habla de un agobio que se hace ya insoportable. "Mi marido y yo consideramos que esta es una sociedad rota y por eso hemos decidido buscar otro sitio".

No es la única que está pensando

en hacer las maletas. Benjamín López vive en Tarragona hace 42 años, pero siente que su ciudad ya no es la misma. Ni le gusta enfrentarse con sus vecinos ni con sus amigos, ni el clima enrarecido con el que se encuentra cada día. Por eso su mujer, que es funcionaria de la Generalitat, y él han decidido empezar una nueva vida en Almería, donde tienen familia.

Es el mismo camino que eligió Alba Estela, que habla con seudónimo a pesar de que ya no vive en Cataluña. Esta funcionaria de 56 años soñaba con jubilarse en Madrid y regresar a casa, pero las relaciones con su familia se han tensado tanto que ahora tiene dudas. Dice que desde que su hermana se hizo independentista, todo ha cambiado. "Es un sufrir muy grande", se lamenta.

En la azotea sobre la Sagrada Familia, coinciden en que la presión se ha agravado hasta lo insoportable. Familias que no se hablan, amigos que se retiran el saludo, grupos de WhatsApp donde se desata la guerra y duras batallas en las redes sociales. Dos son catalanes, los otros dos llevan años viviendo en Barcelona.

Juan Carlos de Miguel, un directivo de banca prejubilado, llegó a la ciudad en 1978. "Llevo aquí 39 años y nunca he notado

"Hay gente que no puede dar la cara", afirma Elena Ibor, funcionaria

"Esta sociedad está rota. Buscaremos otro sitio", dice una economista

"Hasta la palabra España suena mal", explica Juan Carlos de Miguel

un sentimiento de proximidad. Vivo fenomenalmente, pero nunca he visto que hacia España hubiera cercanía. Siempre es: 'España, bah...', y mueve la mano como quien espanta un insecto molesto; "hasta la palabra España noto que suena mal en mi entorno". De Miguel no se plantea marcharse, pero algunos amigos suyos ya han tomado la decisión.

No tiene tanto que ver el origen ni la postura política, como la posición que se ha adoptado con respecto al *procés*. Lo primero que han cambiado son las relaciones familiares. Germán Fernández-Moreno, guionista y escritor con una doble titulación en la Pompeu Fabra y una beca Fulbright, ha regresado a su ciudad después de una temporada trabajando en Los Ángeles. En su casa han llegado al punto de que todo se desborda cuando se preguntan cómo van a tratar lo que está pasando. "Ni siquiera planteamos un debate de fondo sobre la cuestión, planteamos cómo vamos a abordar el debate sin que haya un cisma. El otro día a mi padre casi le da un infarto".

Fernández-Moreno no es independentista, pero su hermana política sí. "Es una de las personas que está en el Govern organizando todo esto y yo la quiero mucho, pero, ¿cómo vamos a estar

bajo la premisa de no poder hablar de nada?". Y aunque él se debate entre la posibilidad de volver a Estados Unidos y quedarse para contar lo que está viviendo como mejor sabe —escribiendo obras de teatro y guiones— su madre ya tiene en la cabeza cambiar Barcelona por Málaga.

José Fontelo, jubilado, es el otro catalán del grupo. En cuanto empiezan a hablar de abandonar Cataluña, asiente con cierta pena. "Yo me lo estoy planteando". Si no se ha marchado ya es porque su hijo vive aquí. Aquí tiene a sus nietos y por ellos está preocupado. De momento ha abandonado el grupo familiar de WhatsApp porque era el único que se sentía español y lo decía.

Elena Ibor pone las clases gratuitas de catalán que se imparten en la Agencia Tributaria como ejemplo: "El año pasado había ciento y pico personas para estudiar. Y este año han tenido que suspender hasta el panel de traslados, que salía esta semana... porque como salga no queda un funcionario en Barcelona. Gente que lleva aquí 15 o 20 años está pensando en marcharse".

Esa es otra de las cosas que han cambiado desde el 1 de octubre. Que han empezado a hablar los que estaban callados.

—Los españoles hemos salido del armario, afirma contundente Fernández-Moreno.

—Es totalmente verdad, dice Juan Carlos de Miguel, impactado por la frase.

—Es que la fractura social es como la homosexualidad, que ya estaba. Ahora por lo menos se reconoce.

La escenificación de esa salida del armario ideológico de este directivo de banca se ha producido esta misma semana. Siempre ha expresado lo que sentía a pesar

de encontrar la resistencia de sus interlocutores. Ahora, ha ido por primera vez a una manifestación, "a favor de los españoles que vivimos aquí". De Miguel y Fernández-Moreno tienen previsto repetir en la concentración convocada para hoy en Barcelona.

El guionista, tirando de humor, cuenta que la grieta en el muro del silencio se ha visto hasta en el bazar oriental de debajo de su casa. Hasta hace unos días sólo vendían *esteladas* y *senyeras*, pero ahora se han dado cuenta de que también hay otros clientes potenciales. En apenas unos días han aparecido más y más banderas españolas en las calles. Hace justo una semana, eran poco más que un reducto de resistencia en los balcones de unos pocos. Una declaración de intenciones que podía traer problemas.

M. P. C. no quiere que su nombre aparezca publicado. Y tiene motivos. Ni siquiera hizo falta que colgara la bandera en sus ventanas. Ha bastado con que corra la voz de que no es independentista para que tiren huevos contra la fachada de su casa. Ahora tiene miedo de aquellos con los que comparte escalera desde hace años. Tanto que ya ha decidido probar suerte en otra ciudad y buscar otro trabajo. "No se puede ser español en Cataluña", dice.

Opina Fernández-Moreno que eso es lo habría que cambiar, que frente al relato mítico independentista —ideal, utópico, soñado— no se ha sabido vender una imagen atractiva del país. "La de-

"La fractura social ya estaba. Ahora se reconoce", subraya Fernández-Moreno

"Los secesionistas se han adueñado de la tradición", señala la funcionaria

"Hace 50 años cogeríamos el fusil. Ahora nos matamos en Facebook", añade

recha se ha apropiado de una España que aquí no gusta y en la izquierda nadie ha dicho: 'Chicos...' y remata la frase con un gesto con el que parece animar a un movimiento que echa de menos.

—Es que aquí los independentistas se han adueñado de la tradición catalana, se queja Ibor.

—Si una cosa saben hacer los regímenes totalitarios es eso: eventos multitudinarios bien organizados. Todos, añade el guionista. Dime cuán malo es el régimen y te diré cuán excelentes son sus coreografías. Como las de Corea del Norte, maravillosas. Pero el peor régimen de la humanidad. Lo que pasa es que dices esto y te llaman fascista.

Por eso han pasado todos. Por el insulto. La mala mirada. El directivo de banca cuenta que su hija, que estudia medicina, le confesó el otro día que está harta de oír como la llaman facha sus compañeros. "Y le contesté: 'Yo creo que es al revés, hija mía... Creo que fascista es el que te quiere imponer algo'".

Cuando miran hacia el futuro no lo ven nada claro. Angustia es la palabra que primero aparece en la conversación. A Ibor le preocupa que las empresas se vayan de Cataluña. De Miguel apunta que la salida de dinero es ya un hecho. A punto de jubilarse, el directivo comenta que sus compañeros de banca le han contado que "la salida de fondos estos días es espectacular". Para Fernández-Moreno en el problema pue-

"Se vende" piso en Barcelona

Tomás Feliu Álvarez de Sotomayor es notario y reside en Cataluña desde hace 15 años, pero desde hace unos días un cartel de "Se vende" cuelga en la casa de Barcelona que compró en julio. A los 47 años ha decidido trasladarse a su Mallorca natal. Esta decisión la toma porque no quiere que sus hijos crezcan en esta situación de conflicto. Álvarez comenta que hace unos días unos adolescentes se enfrentaron en Sarrià portando banderas españolas y *esteladas*. "Antes sólo discutían por el Madrid-Barça y ahora lo hacen a golpes".

Mamen García, de 40 años, los últimos 14 años en Cataluña, asegura que hasta entre los niños, en los últimos meses, se ha creado un clima de enfrentamiento: a mediados del pasado septiembre, en la primera semana de colegio, sus hijos fueron insultados por llevar una camiseta de la selección española. Ella y su marido, catalán de nacimiento, se sienten solos en Vila-Seca, la localidad de casi 22.000 habitantes de Tarragona donde viven. Por eso se plantean abandonarlo.

de esconderse al final la solución: "Desde un punto de vista muy maquiavélico pienso que la DUI (Declaración Unilateral de Independencia) puede ser un excelente revulsivo para encontrarnos con la realidad. Diez minutos de DUI, la clase política en la cárcel, siete empresas fuera. ¡Bienvenidos al caos catalán! Pero eso tiene un riesgo muy real, que muchos jóvenes se sentirán traicionados".

—Ya pero cuando un niño te pregunta: 'Mamá, ¿estamos en guerra, le dice Ibor, que se ha tenido que enfrentar a esa situación con su hijo.

—Pues le dices: 'No, no estamos en guerra; estamos en bronca', contesta Fernández-Moreno. Esto es España, aquí la gente es tertuliana. Hace 50 años habríamos salido a la calle con fusiles. Ahora nos matamos en Facebook.

—¡Y mira que se vivía bien aquí!, dice De Miguel.

—Y se vivirá, afirma Fernández-Moreno. Y mejor, porque habremos pasado todo esto.

Y los cuatro desconocidos, que ya no lo son tanto, sonríen si no con esperanza, al menos, buscándola. No han terminado de decidir si se quedarán en Barcelona o se irán. Pero de una cosa están seguros: eso que muchos no han podido hacer durante tanto tiempo, expresar sus opiniones, es necesario. Será por eso que se despiden como sin ganas de despedirse, mientras de camino a la calle se resisten a terminar la charla.